

DAVID SAKMÝSTER

OBJETIVO
FARO de
ALEJANDRÍA

bóveda

Título original: *The Pharos Objective*

Editado en USA por Deviation Books, un sello de Variance Publishing.

Primera edición: 2012

© David Sakmyster, 2010

© de la traducción: Lorenzo Luengo, 2012

© de esta edición: Bóveda, 2012

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

www.editorialboveda.com

ISBN: 978-84-15497-15-8

Depósito legal: SE 3247-2012

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

RECONOCIMIENTOS	13
PRÓLOGO ISLA DE FAROS, ALEJANDRÍA, EGIPTO: 861 D. C.....	17
LIBRO UNO –EL FARO–.....	27
1. <i>ALEJANDRÍA - DICIEMBRE</i>	29
2	47
3	51
4	55
5	67
6	71
7	83
8	89
9	93
10	103
11. <i>NÁPOLES, ITALIA</i>	117
12	135
13	141
14	153
15	159
16	163
17	185

LIBRO DOS –LA BIBLIOTECA–	193
1. UNIVERSIDAD DE COLUMBIA	
DICIEMBRE TRES AÑOS DESPUÉS.	195
2. ALEJANDRÍA - MARZO.	203
3. NUEVA YORK - OCTUBRE	207
4	221
5. SA EL-HAGAR, EGIPTO - MARZO	225
6. VENECIA.	237
7. ALEJANDRÍA - JUNIO.	253
8	255
9	277
10	283
11	293
12. RÍMINI, ITALIA	315
13. ALEJANDRÍA.	325
14	329
15. BAHÍA DE SODUS,	
NUEVA YORK - NOVIEMBRE	333
16	343
17	351
18	361
19. ALEJANDRÍA.	369
LIBRO TRES –LOS GUARDIANES–.	381
1. BAHÍA DE SODUS - 15 DE DICIEMBRE	383
2. OFICINA CENTRAL DE LA CIA,	
LANGLEY, VIRGINIA.	399
3. BAHÍA DE SODUS - 17 DE DICIEMBRE	407
4. ALEJANDRÍA.	411
5	415

6	425
7	435
8. <i>BAHÍA DE SODUS - DÍA DE NAVIDAD</i>	447
9. <i>BAHÍA DE SODUS - JUNIO</i> <i>DOS AÑOS DESPUÉS</i>	451
<i>EPÍLOGO</i>	455
<i>ANOTACIONES</i>	459

Para Army

RECONOCIMIENTOS

ME GUSTA CONSIDERAR ESTA PARTE DE UN LIBRO COMO el equivalente para un escritor del discurso de aceptación de un Óscar. Es la oportunidad (y la obligación) que se nos brinda para dar las gracias a todos aquellos que alguna vez pusieron su granito de arena por ayudarnos en nuestra carrera, alimentar nuestras almas, fortalecer nuestros músculos literarios y darnos la esperanza de que nuestros sueños, tantas veces de proporciones olímpicas, podrían llegar algún día a hacerse realidad.

Y dado que por más de una razón no podría imitar a Jack Palance y hacer una serie de flexiones con un solo brazo, seguiré la tradición y daré unas más que merecidas gracias a varias personas sin las cuales, a estas alturas, seguiría perdido en una montaña de reescrituras y sueños incumplidos:

A Tim Schulte y al equipo de Variance por ver el potencial que había en mi humilde propuesta, y a Shane Thomson por poner de su parte para que la obra mejorase hasta crear un producto final de tanta excelencia. A mi agente, Hannah Brown-Gordon, por creer en mí y darle el empujón inicial a mi carrera.

A Tim Powers, K. D. Wentworth y todo ese brillante elenco que conforma la organización de Escritores del Futuro, por los conocimientos que imparten. Y a Nancy Kress y el heroico grupo de escritores de *Writers & Books*, en mi ciudad natal, por su incansable aliento.

A mis padres, por su apoyo inquebrantable, su consejo y su inspiración (y por todos esos correos que me enviaban a primera hora de la mañana iniciados con las siguientes palabras: «Mira qué historia para un relato...»). Y, por supuesto, a mi esposa, mi eterna musa y el más apreciado de todos mis críticos. Todos sois indispensables.

Y finalmente, un afectuoso saludo a los chicos de la Sociedad Histórica de Sodus Bay, que, con infatigable dedicación, dirigen y mantienen el Museo del Faro de Sodus Point. Gracias por las lecciones de historia, las explicaciones técnicas y por responder con tanta paciencia las miles de preguntas que me vi en la tesitura de haceros. Lector, si algún tórrido día de verano te encuentras por allí, te recomiendo que pidas una de las deliciosas hamburguesas de queso que Zoot's ofrece a su clientela, te la comas frente al pintoresco parque que hay en la bahía, y luego quemes las calorías subiendo hasta lo alto del faro para disfrutar de las vistas.

Vale, vale, ya oigo atronar a la orquesta. Es hora de que me calle, abandone el escenario y deje que comience el espectáculo.

MORFEO (del griego *Μορφέας*, *Μορφεύς*, «el que da forma, diseña o moldea»). Dios griego de los sueños, Morfeo era hijo de Hipnos, el dios del sueño, y de Pasitea, la diosa de las alucinaciones, cuyo nombre significa «visión adquirida».

PRÓLOGO

ISLA DE FAROS, ALEJANDRÍA, EGIPTO: 861 D. C.

C IEN HERMOSOS CABALLOS ÁRABES Y SUS OSCUROS JINETES, aprestados de antorchas, martillos, picas y oxidadas hachas, cruzaban en un atronador tumulto el promontorio que, sacudido por un revuelto oleaje, desembocaba en el faro. Con un rugido, los jinetes dejaron atrás a Dakhil, que contemplaba la escena desde unos ruinosos pedregales de granito rojo edificados entre dos colosales estatuas, dos estoicas moles de miembros mutilados y torsos historiados de cicatrices. A la sombra del imponente faro, Dakhil imaginaba que el sol había encallado para siempre tras aquella prodigiosa construcción, incapaz de escapar de sus dominios.

A Dakhil le había hecho temblar el paso de los jinetes que enfilaban el camino hacia el portón arqueado, aquella boca bostezante y desdentada que servía de entrada a la isla de Faros, y tuvo que reprimir un escalofrío cuando los vientos del Mediterráneo se enroscaron a su túnica negra y su turbante. El antiguo faro seguía sumido en aquella silenciosa indiferencia, salvo por el hecho de que un inesperado efecto óptico parecía hacerle aumentar de tamaño, como si en su interior se albergaran unos

invisibles pulmones capaces de inhalar a los jinetes musulmanes, tanto a hombres como a caballos.

—Espero que me hayas sido sincero —dijo una voz sobre el hombro de Dakhil. Este se volvió para encontrarse con el rostro de Barraq Najdeelen, califa de Alejandría y comandante de las fuerzas militares que ocupaban la ciudad.

Alejandría había caído bajo el poder de los musulmanes doscientos años atrás, sin que los cristianos hubieran opuesto demasiada resistencia al empuje islámico. Antaño la joya del período romano-egipcio, e inigualable centro neurálgico de riqueza y conocimiento, Alejandría parecía haber sido abandonada por los dioses, lo que había terminado por convertir a aquella ciudad que tan orgullosa se había mostrado en el pasado en un simple puerto estratégico, cuyo valor se limitaba a permitir el acceso a las rutas comerciales del interior, infinitamente más rico que ella. Aunque, por supuesto, también se valoraba su potencial militar. Su puerto, excelentemente protegido por sus dentados riscos y bajíos, había visto zarpar naves y más naves rumbo a Constantinopla, resguardado por la defensa que le procuraba su maravilloso faro.

Barraq sabía que tarde o temprano su enemigo trataría de recuperar el control de la ciudad.

—Ese infiel rey Miguel desprecia Faros, señal de nuestra fuerza y ominoso recordatorio de la impotencia cristiana.

Aspiró profundamente la brisa que procedía del mar, mientras su negra y aceitosa barba le azotaba el hombro.

—Te he dicho la verdad —replicó Dakhil, nervioso, retrocediendo unos pasos. Allá en lo alto, el gran espejo, un óvalo de unos seis metros de metal reflectante, arañado y azogado por el paso del tiempo, le lanzó un guiño, como amenazando con airear sus mentiras.

Barraq inclinó hacia atrás la cabeza:

—Has permanecido en Constantinopla dos años, amigo mío. Quizá allí averiguaron que trabajabas como espía a mi servicio, y a cambio de tu vida te ofrecieron regresar aquí con tan maliciosos rumores...

—No, mi señor. Siempre he sido su siervo más leal.

—Ya veremos —Barraq dejó caer sus dedos al cinto y, con amoroso celo, recorrió con ellos la empuñadura de su cimitarra—. ¿No sabes nada más acerca de ese tesoro?

—¿Mi señor? —Dakhil volvió a temblar, y deseó poder abandonar la alargada sombra que proyectaba el faro. Hasta lo más alto de sus escarpadas paredes, las desmochadas estatuas de los viejos dioses de Egipto, Grecia y Roma lo señalaban con gesto acusador, al tiempo que la propia torre parecía inclinarse sobre él para mirarlo más de cerca.

—¿De qué se trata, exactamente? Hay quien habla del tesoro escondido de Alejandro el Grande. ¿Se trata de oro y plata? ¿Joyas sin parangón...?

—Es algo todavía más valioso —respondió Dakhil, y de nuevo lanzó una oración a cuantos dioses habían sido soñados por el hombre, esperando que las leyendas fuesen ciertas. La sincronización tenía que ser perfecta. A Dakhil le había sido otorgado cierto conocimiento, cierta información que iba más allá de la comprensión de papas, reyes o califas. Una información que, según le habían dicho, debía permanecer en secreto hasta que se ordenase lo contrario.

Pero la mayor virtud de Dakhil no era precisamente la paciencia. Poco le encajaba a él el título de «guardián». La vida era corta y ¿quién podía decir que el mundo continuaría existiendo una vez que él hubiera lanzado su último aliento? De modo que decidió revelar una pequeña parte de lo que sabía, disfrazada bajo la apariencia de un rumor sustraído de territorio enemigo, esperando incitar con ello a los hombres del califa

para que hiciesen lo que él mismo era incapaz de hacer. Sin duda, la fuerza bruta triunfaría allí donde la paciencia había fracasado.

—¿Qué podría ser más valioso? —preguntó Barraq. La sospecha llameaba en sus ojos.

En aquel preciso instante, un grito ahogado procedente de lo alto de la torre llegó a sus oídos. Fue un grito que enseguida se convirtió en un aullido aterrador. Barraq y Dakhil levantaron la vista y dieron un paso atrás, encogidos, aun cuando no corrían el menor peligro. El enorme espejo se había soltado de su montura, arrancado por el fervor de los buscadores de tesoros, y rodó sobre el borde de uno de los pórticos, a decenas de metros del suelo. Se había llevado por delante a dos hombres, que giraban en torno a su eje mientras el espejo caía en picado desde el chapitel y golpeaba una de las cornisas, aplastando a uno de los hombres y produciendo una granizada de rocas y escombros antes de rebotar y caer desde una altura de doce metros. Finalmente se estrelló contra los bloques de piedra caliza que conformaban el patio, desmigajándose en un estallido de vidrio y metal que semejaba un grito de espanto, un lamento por la suerte que habían corrido sus más de doscientos años de existencia.

Dakhil lanzó una maldición:

—¿Por qué han subido allí? Ese no es el camino. Los túneles secretos, las cámaras, están bajo los cimientos.

Barraq se desentendió de sus protestas con un gesto de la mano.

—He ordenado a mis hombres que sean lo más meticulosos posible.

—Necios —susurró Dakhil. Comenzaba a temer que los hombres del califa no fueran los más adecuados para aquella misión.

Barraq extrajo una ramita de trigo seco de sus alforjas y mascó su punta.

—Dime, Dakhil, ¿qué recompensa pedirías si encontramos ese tesoro?

Aún lamentándose por la pérdida de tan formidable reliquia, el enorme espejo en el que se habían reflejado las vistas de todo un milenio, Dakhil respondió:

—Tan sólo pediría, mi señor, una única cosa.

—¿Sólo una?

—Sí, si puedo ser el primero en escoger. Se trataría de una nimiedad, que a nadie más le serviría de algo.

Barraq lo examinó atentamente.

—Si a nadie más le serviría, ¿por qué te serviría a ti?

Dakhil se encogió de hombros.

—Poseer algo de una época perdida, remota... una posesión tal, no tiene precio.

Esperaba que su respuesta satisficiera al califa. Por supuesto, Dakhil sabía exactamente lo que quería: el objeto más poderoso de la colección. Había investigado a fondo, había memorizado el catálogo, sabía con absoluta precisión dónde se encontraba. El truco radicaba en dar con él y llevárselo antes de que la ira de los soldados y del califa cayera sobre él.

Sin embargo, y si las leyendas no se equivocaban y las defensas del faro existían de veras tal y como se rumoreaba, su trabajo podía resultar todavía más sencillo. Sentía el borde metálico de su espada contra la cadera, y las dos dagas que ocultaba en las botas se marcaban en su piel.

Tengo que actuar con rapidez.

Barraq dejó escapar un ruido que semejaba una risa burlesca, pero antes de que pudiese hablar, un ominoso rugido brotó del faro. Esta vez vino acompañado de un estruendo que recorrió la superficie de la tierra. La torre comenzó a temblar,

y una enorme nube de polvo emergió de la puerta y de los cientos de ventanas y grietas que poblaban su sección inferior.

Dakhil echó a correr hacia la entrada, seguido muy de cerca por Barraq. Ambos ascendieron las erosionadas escaleras, pasaron a la carrera por entre un sinfín de estatuas que semejaban a punto de caerse, y a través de un patio repleto de maleza en dirección a la puerta, por la cual acababan de salir tres hombres de rostros oscurecidos y cubiertos de polvo. Tosiendo, cayeron sobre sus rodillas, y uno de ellos levantó la mano. La sangre manaba de su nariz y sus oídos, y había perdido un ojo.

—¡Desapareció, desapareció! —gritó, en tanto sus camaradas caían de bruces y quedaban inertes tras escupir una bocanada de sangre.

Barraq agarró al que había logrado sobrevivir y de un empujón lo puso en pie.

—¡Habla, idiota! ¿Qué ha ocurrido?

—Una puerta... —tosió un esputo de sangre, que salpicó el rostro de Barraq—. Sobre ella había extraños signos... unas serpientes entrelazadas y un báculo. No pudimos abrirla. Los tres decidimos regresar para que nos aconsejases qué hacer o para solicitar ayuda a los Magi. Pero los otros... no quisieron esperar.

Barraq volvió a sacudirlo, esta vez con más fuerza.

—¿Qué ha ocurrido?

—¡Martillos! Oí que unos martillos golpeaban la puerta, y entonces —tragó saliva y levantó las manos engarabitadas hacia el rostro de Barraq—, entonces gritaron, «¡es una trampa!, ¡es una trampa!». Los muros se estremecieron y el suelo cedió. Y de pronto escuchamos aquel ruido —otro ataque de tos se apoderó de su cuerpo—, como el de una rugiente ola.

Lentamente, Barraq se volvió hacia Dakhil, al tiempo que soltaba al hombre y lo dejaba caer al suelo.

—Una trampa —repitió, a la vez que un nuevo grupo de hombres comenzaba a brotar por la puerta.

Dakhil se llevó una mano a la espada, pero cayeron sobre él antes incluso de que hubiera podido desenvainarla.

Los diecisiete supervivientes habían logrado alcanzar los pisos superiores de la torre. Sin embargo, y por obra de algún desconocido artefacto, los otros ochenta y tres, incluyendo sus caballos, habían sido arrastrados de aquel lugar en dirección al puerto.

Condujeron a Dakhil hasta la escarpada costa oriental del faro y le obligaron a mirar los cuerpos de aquellos a quienes había traicionado, lanzados por el oleaje contra las rocas; le obligaron a mirar a aquellos a quienes había enviado a una muerte segura, sus cadáveres abotargados y maltrechos, que se anunciaban como testimonio de su impaciencia.

No dejó de mirar, y tampoco derrumbó su pose estoica, ni siquiera cuando los hombres de Barraq procedieron a cortarles las manos por las muñecas y los pies por los tobillos. Desoyendo los horribles gritos que profería, los hombres cauterizaron sus muñones con el fuego de una antorcha empapada en aceite y luego encadenaron a Dakhil a las rocas, bañado por el agua que crecía en la base del faro, mirando al oeste, a espaldas de la Meca.

En cierto momento, durante los subsiguientes días de agonía, mientras las gaviotas y los hambrientos peces se afanaban en comer su carne, Dakhil recordó la antigua leyenda griega de Prometeo. Después de todo, lo único que había ansiado era llevar la luz al mundo, regalarle un poderoso don a la humanidad. Al contrario que Prometeo, él había fracasado; pero, al igual que el Titán, también él había sido castigado con inhumana crudeza.

Barraq lo abandonó allí tras recoger los cadáveres y emplazar un grupo de seis hombres en la cima para proveer el lugar con una pira que ardiese sin interrupción. No podían permitirse el lujo de perder más barcos en aquel traicionero puerto, y tampoco podían dejar de mantener su continuada vigilancia sobre Constantinopla. Partió diez días después de que comenzase el lento martirio de Dakhil, demasiado pronto como para que hubiera podido ver el solitario barco que rielaba junto al puerto, arrojado por el manto de una noche sin luna.

Un hombre envuelto en una túnica gris emergió del malecón y, con paso tranquilo, cruzó las rocas hasta llegar al moribundo.

—Por lo visto —dijo tras contemplarlo durante unos segundos—, tu padre no eligió demasiado bien.

Dakhil lanzó un gemido. Sus vacías cuencas oculares, que descollaban sobre una carne hecha jirones y unos pómulos excesivamente salientes, se volvieron hacia el lugar del que procedía el sonido. Sus pulmones se ahogaban en el agua de mar y la sangre coagulada.

—No...

—Somos guardianes —dijo el extraño—. Guardianes. Durante siglos se nos ha confiado un bien sagrado. No puedo perdonar lo que has hecho.

—Creía... que era la hora —murmuró Dakhil mientras el agua rompía contra su maltrecho cuerpo y la figura encapotada se inclinaba sobre él.

—No somos nosotros quienes decidimos la hora. Sólo nos limitamos a guardar el secreto hasta que el mundo esté preparado —aquellas palabras, pronunciadas con gravedad majestuosa, surgieron del interior de los pliegues de su capucha—. Mientras tanto, el faro se defenderá por sí solo. El faro siempre se ha defendido solo.

Dakhil volvió a gemir.

El extraño hombre del manto se le acercó un poco más.

—Aunque no puedo perdonarte, sí puedo ser piadoso.

Una delgada hoja cortó el cuello de Dakhil sin apenas resistencia, haciendo brotar no mucho más que un hilo de sangre. La herida dejó escapar también un suave bufido.

El hombre se incorporó. Incluyó la cabeza hacia la parpadeante almenara que se alzaba allá en lo alto, como un último ademán de respeto y un renovado compromiso con su empeño en protegerlo. Luego, lanzando un hondo suspiro, deshizo el camino hasta el bote y zarpó entre las sombras.